

LOS TRES PILARES DEL ECUMENISMO

Todos los años, subiendo la cuesta de enero, nos encontramos los cristianos con una llamada eclesial invitándonos durante ocho días a orar por la unidad de los cristianos. El día 25, fiesta de la conversión de San Pablo, culmina esta “*Semana por la Unidad de los Cristianos*”.

La primera celebración del “*Octavario por la unidad de la Iglesia*”, así se comenzó llamando, fue iniciada por el **Rvdo. Paul Wattson** en el año 1908.

Desde 1968 esta Semana se organiza conjuntamente por la Comisión “*Fe y Constitución*” del Consejo Ecuménico de las Iglesias y el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos.

Punto importante en esta larga andadura es la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano II y más concretamente, en el año 1964, la promulgación del Decreto sobre Ecumenismo, “*Unitatis redintegratio*”, donde se subraya que la oración es el alma del movimiento ecuménico y anima a la práctica de la semana de oración.

En el nº 4 de este Decreto encontramos la definición del término “*ecumenismo*”, o lo que es lo mismo “*movimiento ecuménico*”:

“Por "movimiento ecuménico" se entiende el conjunto de actividades y de empresas que, conforme a las distintas necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los tiempos, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos.

Tales son, en primer lugar, todos los intentos de eliminar palabras, juicios y actos que no sean conformes, según justicia y verdad, a la condición de los hermanos separados, y que, por tanto, pueden hacer más difíciles las mutuas relaciones en ellos; en segundo lugar, "el diálogo" entablado entre peritos y técnicos en reuniones de cristianos de las diversas Iglesias o comunidades, y celebradas en espíritu religioso. En este diálogo expone cada uno, por su parte, con toda profundidad la doctrina de su comunión, presentado claramente los caracteres de la misma. Por medio de este diálogo, todos adquieren un conocimiento más auténtico y un aprecio más justo de la doctrina y de la vida de cada comunión; en tercer lugar, las diversas comuniones consiguen una más amplia colaboración en todas las obligaciones exigidas por toda conciencia cristiana en orden al bien común y, en cuanto es posible, participan en la oración unánime. Todos, finalmente, examinan su fidelidad a la voluntad de Cristo con relación a la Iglesia y, como es debido, emprenden animosos la obra de renovación y de reforma.

El Concilio Vaticano II, por tanto, nos invita a fortalecer este “*movimiento ecuménico*” que conlleva tres objetivos fundamentales: eliminar todo aquello que favorezca nuestra división, el diálogo y la oración unánime. No hemos olvidado los cristianos, en las diversas confesiones cristianas, estos tres consejos.

El domingo 25 enero 2004, fiesta de la Conversión de San Pablo, la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos concluyó en la basílica romana de San Pablo extramuros, con el rezo de Vísperas, presididas en nombre del Papa por el cardenal **Walter Kasper**, presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. En su homilía nos hizo meditar sobre los tres pilares que, según el propio cardenal, sostienen el ecumenismo. Son consejos que, al cabo del tiempo, aparecen como importantes y necesarios. Repasemos algunos párrafos de su

intervención mientras nos indica cada uno de los tres pilares: la paz, el diálogo y la espiritualidad de comunión:

1 – LA PAZ

1-1 – El anhelo de la paz

“Desde siempre los hombres anhelan la paz con esperanza, con nostalgia.

Desde siempre, los hombres son contrarios a la violencia, a la guerra, y siguen creyendo que, al final, será la paz la que dirá la última palabra.

Dios escucha este clamor de los hombres sedientos de paz, pues es el Dios de los hombres; es un Dios que responde a nuestras súplicas.

"Paz" es uno de sus nombres (cf. 1 Co 14, 33). «Shalom», la paz, es una antigua promesa, una promesa que encontramos tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.

1-2 – El significado de la paz

Paz no significa simplemente silencio de las armas.

La paz es el ordenamiento que Dios quiere para todas las cosas, un mundo en el que los hombres vivan juntos sin violencia, en libertad y con felicidad.

La paz es la paz en el cosmos, es la paz entre las naciones, es la paz dentro de un pueblo, es la paz en lo íntimo del corazón.

La Biblia concluye con la visión de un mundo donde Dios enjugará de los ojos toda lágrima, donde ya no habrá muerte ni luto ni gritos ni fatigas (cf. Ap 21, 4).

1-3 – Jesús es nuestra paz

Nosotros no podemos restaurar la unidad solamente con nuestras fuerzas.

Por eso, Jesús nos dejó su paz. Infundió en nuestro corazón su Espíritu: no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de paz, de justicia, de reconciliación, de mansedumbre y de caridad, el espíritu que transforma nuestro egoísmo y nos transforma a nosotros mismos, haciéndonos hombres nuevos, hombres en cuyo corazón reina gozosa la paz de Cristo (cf. Col 3, 15).

Los cristianos, hombres a los que ha sido concedida la paz, debemos ser embajadores, testigos, pioneros de la paz en este mundo.

1-4 – Debemos orar por la paz

Ante la urgencia de este mensaje de paz, nuestro corazón se llena de dolor y de vergüenza, pues la imagen que ofrece nuestro mundo, e incluso nuestras Iglesias, es muy diversa.

Nuestras Iglesias están separadas. A lo largo de la historia, su testimonio, en vez de ser común y en favor de la paz, ha sido antagonista.

Siempre que los católicos, durante la celebración eucarística, decimos antes de la comunión: "Mi paz os doy", añadimos con sinceridad: "No tengas en cuenta nuestros pecados". Eso significa también: no tengas en cuenta el pecado de la división, el escándalo de la separación. Y todos tenemos motivos para pedir: "Concédenos la paz y la unidad"... Al pronunciarla, nos unimos a la invocación que Cristo mismo dirigió al Padre en la víspera de su muerte: "Que

todos sean uno" (Jn 17, 21). Jesús pronuncia esta oración ante nosotros, con nosotros y por nosotros.

1-5 – La necesidad de la conversión

El concilio Vaticano II puso de relieve que el movimiento ecuménico nace del impulso del Espíritu de Dios. Cuando el Espíritu de Dios inicia algo, siempre lo lleva a cabo. Por eso, no hay motivo para desalentarse: "No se turbe vuestro corazón" (Jn 14, 1).

La fiesta del apóstol san Pablo, que celebramos hoy como conclusión de la Semana de oración, nos indica qué dirección hemos de seguir. Nos muestra el camino de la conversión.

*Jesús mismo comenzó su predicación con una invitación a la conversión: **Convertíos y creed en el Evangelio"** (Mc 1, 15). Eso mismo vale para el ecumenismo, si queremos dar pasos adelante.*

*El decreto del concilio Vaticano II sobre el ecumenismo expresa claramente que no puede existir ecumenismo sin conversión, sin purificación de la memoria y del corazón, sin un cambio de nuestra manera de pensar, de nuestra manera de hablar y de nuestra manera de comportarnos (cf. Unitatis redintegratio, 4 y 7; Ut unum sint, 15 s; 21, etc.). No puede haber ecumenismo sin apertura a la reforma y a la renovación. También la Iglesia santa, como dice el concilio Vaticano II, **"siempre está necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación"** (Lumen gentium, 8).*

*El ecumenismo nos estimula a hacer autocrítica. Como dijo el Santo Padre, desempeña también **"la función de un examen de conciencia"** (Ut unum sint, 34) y debe ser una exhortación a pedir perdón.*

No sólo deben convertirse los demás; todos debemos convertirnos a Cristo. En la medida en que estemos unidos a él, estaremos también unidos entre nosotros.

2 – EL DIÁLOGO

El diálogo es el método mismo del ecumenismo.

No es un simple intercambio de pensamientos y argumentaciones; se trata de un intercambio de dones (cf. ib., 28). No debemos fijarnos en lo que falta al otro, sino prestar atención a sus puntos de fuerza, a su riqueza. Podemos aprender los unos de los otros, enriquecernos mutuamente. Debemos ser una bendición los unos para los otros. Por consiguiente, es falso pensar que el ecumenismo es un proceso de empobrecimiento, donde el encuentro con el otro se realiza en torno a un mínimo común denominador. Al contrario, el ecumenismo no hace perder nada: es un proceso de crecimiento y enriquecimiento.

A través del diálogo, el Espíritu Santo quiere guiarnos a la verdad completa (cf. Jn 16, 13). Por eso, es preciso tener humildad y capacidad de reconocer que también nosotros necesitamos de los demás.

La actitud principal de los cristianos no ha de ser la arrogancia o la obstinación, sino la humildad. Y, ¿por qué esto no debería valer también para el ecumenismo?

3 – LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

La invitación del Apóstol es clara: "Os exhorto (...) a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz" (Ef 4, 1-3).

Sin esta espiritualidad de comunión, la comunión institucional resultaría un cuerpo sin alma. Como dijo muy bien el Santo Padre, la espiritualidad de comunión significa dejar espacio a los demás, compartir con ellos sus deseos, sus preocupaciones, sus sufrimientos (cf. Novo millennio ineunte, 43).

Por eso, no debemos fijarnos en las debilidades de los demás; debemos ser solidarios con ellos, para ayudarles a superar sus dificultades. Esto nos une. Esto funda la paz”.

Hasta aquí las palabras del cardenal.

Volviendo de nuevo al Decreto sobre ecumenismo, nº 9, recordemos otro consejo de los Padres conciliares: para que la unidad sea posible, debemos conocernos:

“Hay que conocer la disposición de ánimo de los hermanos separados. Para lo cual se requiere necesariamente un estudio que ha de realizarse según verdad y con espíritu benévolo. Los católicos debidamente preparados deben adquirir un mejor conocimiento de la doctrina y de la historia, de la vida espiritual y cultural, de la psicología religiosa y de la cultura propia de los hermanos”.

Para concluir, oremos con Jesús:

“Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros”. (Jn 17, 11)

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 1 de enero de 2014